

Atrapar lo inefable

Autoetnografías sobre
la creación artística y la
experiencia espiritual

Autores

Ximena Bernal · Alejandro Zuluaga · Rodrigo Restrepo · Carlos Miguel Gómez Rincón · Angélica Chavarro
Susana Gómez · Guillermo Santos · Corina Estrada Barrios · Natalia Reinoso Chávez





Extrañeza y sentido

Corina Estrada Barrios

*Leve como la piedra suave del río
Te respiro siendo agua
al secarse.*

*Todo habla,
en la orilla
en la espuma,
me salva.*

Escribí este poema en una de las prácticas internas realizadas en el marco del *Laboratorio de Arte y Espiritualidad*, en noviembre del 2022. Hicimos una suerte de cadáver exquisito tomando piedras de río que tenían escritas frases de un poema largo que Carlos Miguel escribió sobre la naturaleza. Estando al lado de un río fuerte y caudaloso, tomábamos una piedra, leíamos sus palabras, nos quedábamos con aquella que nos resonara y, en el ejercicio de intercambiar las piedras ocho veces, el poema iba apareciendo con las palabras que se quedaban con nosotros.

Puedo ver en lo que escribí, en el recuerdo del ejercicio, un esbozo de lo que ha sido mi experiencia del en el Laboratorio desde el lugar de investigadora asistente, como lectora y no como artista, como receptora; enfrentada, desde la orilla de la piedra, a la inmensidad del agua desbordante del sentido manifiesto en el arte y en la espiritualidad de los participantes. Me ubico dentro de este proyecto en la orilla: no soy artista en un laboratorio que explora la comprensión que emerge de la creación artística; no soy la investigadora que antes de empezar a observar ha demarcado una ruta, unas pistas metodológicas y unas estrategias de observación claras; no he caminado en los múltiples senderos espirituales que no solo buscan, sino que confían en aquello que buscan y sobre los cuales han caminado todos los otros participantes.

En principio, mis tareas principales dentro de este proyecto eran dos: coordinar logísticamente los talleres y encuentros, lo que significaba reservar, ordenar y disponer los lugares con los distintos propósitos que tuvimos a lo largo de diez meses, y



transcribir, agrupar y participar de la codificación del material base de la investigación: diarios autoetnográficos, diálogos que llamamos círculos de palabra y entrevistas a los y las artistas. Ambas tareas me situaban, como he dicho, en la orilla de la investigación y la creación artística. No eran preguntas propias las que resolvería al codificar; no eran las prácticas internas llevadas a cabo durante los talleres sobre lo que, en principio, tenía que ocuparme al disponer los espacios. Sin embargo, en el borde seco, a punto de ser mojado, de la orilla, el río corre caudaloso levantando gotitas que empiezan a humedecer; suena con fuerza, arrastra palos, hojas y aquello que esté dispuesto a dejarse llevar.

Tan pronto como empezaron los talleres, la orilla fue un lugar cada vez más difuso, a veces muy seco, a veces mojado por el río. Muy rápido me sumergí a nadar o a dejarme llevar y luego quise salirme. Al hacerlo, las gotas que mojaban mi cuerpo me empezaron a mostrar otras formas de estar dentro del Laboratorio. Estas nuevas disposiciones abrieron en mí una extrañeza, que intentaré describir, y una serie de preguntas por lo que entiendo como sentido: ¿de dónde emerge el sentido de la vida y del mundo que parece manifestarse en el arte y la espiritualidad? ¿Qué entiendo por sentido? Ambas preguntas me enfrentaron al silencio.

Procuraré en este texto describir esta experiencia que produjo preguntas y una actitud de silencio confiando en que *a medida que escribo aparecerán, como siempre, ideas hechas palabras, de lo que quiere hablar y me dejo llevar. Confío en las palabras de las que ahora mismo no soy consciente, que no están en mi atención; incluso aparecerán algunas que creo que no conozco, pero que toman forma en este flujo. A veces siento que estas futuras palabras ya estaban presentes en mí y yo no las había visto*¹⁵. Así como con las piedras que me dieron un poema, dejaré que aparezcan estas.

¹⁵ Las palabras que aparecen en cursiva las escribí el 16 de octubre del 2022 en mi diario autoetnográfico cuando describí cuáles habían sido los frutos de permanecer en silencio durante uno de los talleres de investigación-creación del Laboratorio. Sigue siendo esta sensación al escribir lo que determina este texto. En adelante, pondré en cursiva los fragmentos que retomo de mi diario.

¿De dónde emerge el sentido de la vida y del mundo que parece manifestarse en el arte y la espiritualidad? ¿Qué entiendo por sentido? Ambas preguntas me enfrentaron al silencio.

La extrañeza y el sentido desde mi rol de investigadora asistente

Investigar sobre arte y espiritualidad sin ser artista y preguntándome detenidamente, acaso por primera vez, sobre lo que espiritualidad pueda significar para mi vida es ya una experiencia desbordante. Eso, sumado a la metodología de investigación participante y a la perspectiva hermenéutica del análisis que no busca *entender nada de los otros, sino de comprender algo juntos*, me situó en un lugar impreciso en el que las preguntas teóricas se mezclaron con las mías propias, que fueron apareciendo temerosamente. Si bien yo buscaba, en un principio, desde mi observación, evidenciar cómo en el arte y los procesos creativos emergen comprensiones espirituales, que es la gran pregunta del proyecto, me encontré con la extrañeza que no refiere a la novedad de lo no conocido, sino a las tensiones que aparecían cuando más me acercaba a mirar y escuchar; cuando, aparentemente, más comprendía, más crecía mi sensación de extrañeza.

En la tarea de ordenar y participar de los procesos de codificación cualitativa sobre el material de los artistas, comprender con los otros y adentrarme en sensibilidades particulares, aparentemente significaba poder leer mejor y con mayor profundidad los procesos de creación de los artistas en relación con la espiritualidad. Sin embargo, a medida que avanzaba en el análisis, esta experiencia parecía complejizarse y abrir preguntas no solo sobre los otros, sino sobre mis formas de ver el mundo. ¿Por qué me surgía una sensación de extrañeza entre más escuchaba a los artistas en mi análisis desde el rol de investigadora asistente?, pronto esa pregunta también se volcó sobre mí, la extrañeza no era sobre los otros, sino sobre mí misma. La sensación hizo que me cuestionara



sobre mi forma de ver, el lugar desde el que lo hacía, las expectativas de lectura que tenía antes de entrar al proyecto y ver sus transformaciones.

A mi pesar, en la sensación de pequeñez, de corta vida respecto a la de los y las artistas, *ellas y ellos han vivido más días, más vida... han profundizado en su camino espiritual* (agosto, 2022), mi lectura del proceso general del Laboratorio buscaba comprender el fundamento, el origen, la raíz, el nombre primero que sostenía el camino espiritual y creativo de las personas. Mi papel, por supuesto, no era el de evaluar la lógica detrás de los discursos de los artistas. Sin embargo, durante las primeras conversaciones de investigación, el 5 de septiembre del 2022, expresé que no entendía las relaciones que los artistas establecían entre sus vidas, su arte y sus caminos espirituales; parecían ser muchos los nombres del origen, las tradiciones religiosas y las formas de expresión que se albergaban en el relato de cada uno de los artistas. En mi lectura, encontraba que no había un único fundamento que demarcara unas prácticas específicas espirituales y artísticas, lo que quebraba la columna lógica que yo esperaba encontrar. Carlos Miguel insistió en esa reunión en el hecho de que la hermenéutica, como método, no se trataba conocer a los otros, sino de conocer y hacer explícito con los otros aquello que se comprende, eso que se piensa. Él preguntó, “¿qué tipo de compromiso espiritual emerge en un contexto pluralista?, ¿qué tipo de coherencia emerge en el contexto pluralista?” Incluso, al final de la interpelación, preguntó, “¿qué tipo de experiencia espiritual se muestra en la pluralidad?”.

La presuposición y búsqueda de coherencia eran mías, no de los artistas. Lo que yo pensaba que debía encontrar era la relación de correspondencia entre un principio, a través del cual se vivía y desde donde se expresaba artísticamente. ¿Es así como funciona el mundo?, ¿vivimos en esa coherencia?, ¿debemos procurar encontrarla? Rápidamente el principio de coherencia se desvaneció al ver que no es solo por la espiritualidad contemporánea, secular e individual, sino porque las formas de vida se construyen desde distintos pilares, no solo espirituales, que abren caminos de vida,

formas sensibles de vivir. Al buscar la coherencia, un único principio fundamental, se quedaría corta mi lectura para apreciar la riqueza de significados y formas de vida de las personas. ¿Qué buscaba entonces comprender junto con los artistas?

Habíamos definido, antes de iniciar los talleres de investigación-creación, que entendíamos la espiritualidad al menos desde tres rasgos: el carácter trascendente, la concepción de lo divino y la confianza en un sentido dado y no inventado, el río caudaloso y sonoro que se movía junto a la piedra seca. Tal sentido se consolidaba, precisamente, en la síntesis significativa de la pluralidad de tradiciones, de nombres de lo divino, de la afirmación de lo trascendente y, al tiempo, misterioso que habitaba en cada artista. Mi extrañeza emergía, en un principio, de tal pluralidad de voces que luego se sintetizaban en una expresión creativa. Fue entonces cuando emergió la pregunta por el sentido, que no busca la coherencia, sino relaciones significativas, y al podría acercarme a leer.

Llegué al Laboratorio, expectante, expresé muchas veces, al inicio del proceso, que estaba abierta. No solo por la metodología de investigación participante, se fue haciendo claro para mí que las preguntas de investigación establecidas y el ejercicio mismo de experimentación que implicaba desarrollar el Laboratorio interpelaban mis formas de ver el mundo, me interpelaban a mí y no solo a mi lectura de lo acontecía con los artistas. ¿A qué estaba abierta?, ¿a encontrarme de cerca con prácticas espirituales que demarcaran distintos caminos?, tal vez, ¿a ponerle la palabra Dios a la confianza que pongo en el transcurrir de la vida misma?, ¿a experimentar el carácter trascendente en algún tipo de práctica? Estuve, desde que me sumergí en el río, dispuesta a dejarme atravesar, me sentí receptora de palabras, de sensaciones, de impresiones estéticas, de emociones. Aunque sumergida en la exploración de la experiencia honda que trasciende cualquier teoría, confié en el sentido que emerge del mundo, de la vida cotidiana, del camino que se abre en las relaciones que empezaban a tejerse en la cercanía con los artistas. Mas lo trascendente y lo



divino parecían serme extraños y, era allí, en las gotas sobre mi cuerpo, que aparecía la extrañeza sobre mi propia experiencia.

Mi extrañeza emergía, en un principio, de tal pluralidad de voces que luego se sintetizaban en una expresión creativa.

¿Cómo emerge el sentido? En la filosofía hermenéutica, desde donde yo empecé a ver el río, el sentido es el objeto de la comprensión y, a su vez, era esta la base de la pregunta de investigación propuesta en el Laboratorio. Comprender, lejos de ser un acto cognitivo que recibe y procesa información, involucra la experiencia encarnada, afectivamente dispuesta, activa. El sentido, comprendí entonces, es la percepción amplia del paisaje en el que se nos dibuja el mundo: es el cuadro en el que aparece el río caudaloso, la piedra, el borde y la niña, mi sensación de pequeñez, perdida; es la canción con melodía, devoción y letra con inspiración. El sentido se construye como la red que sostiene lo que se nos aparece como significativo dentro de nuestras experiencias. Al preguntarme por el sentido junto con los artistas pude ver que en la extrañeza se encontraba la riqueza de profundizar en la red que a cada uno nos sostiene. Ya no se trataba solo de observar la experiencia de los artistas, sino la mía misma, en la que aparecían dentro del paisaje nuevos elementos significativos. Aun así, su significado era, tal vez sigue siendo, la extrañeza.

Comprender es extrañarse para poder profundizar, navegar en la profundidad de mi experiencia, en el relato de la experiencia de los otros, ver cada vez más elementos en el paisaje. Allí apareció una nueva pregunta, ¿qué, quién dibuja el paisaje?, ¿de dónde emerge el sentido? Mi respuesta, antes de llegar al Laboratorio, habría sido el mundo, la vida: es en las relaciones que establecemos, en el lugar en el que habitamos, con las personas que compartimos, las ideas sobre las que conversamos las que nos muestran el mundo en el que vivimos y como lo experimentamos. ¿Estaban los artistas hablando del mundo a través de sus obras?, ¿era el mundo lo que yo experimentando con el río? Aparecía otra vez la orilla de lo que

se me escapa en las palabras, el río caudaloso sonaba de fondo. El sentido del trabajo creativo de los artistas y de sus búsquedas espirituales no se encaminaba en la experimentación del mundo, sino de la divinidad trascendente: extrañeza.

El sentido es la percepción amplia del paisaje en el que se nos dibuja el mundo: es el cuadro en el que aparece el río caudaloso, es la canción con melodía, devoción y letra con inspiración.

¿De dónde viene el sentido? Estar en la orilla y en el río

Poco a poco fui descubriendo dos formas de estar dentro del Laboratorio, una se manifestaba en el hacer, incluso en el observar buscando códigos, construyendo un sentido; la otra, más sutil, me mostraba otro tipo de atención en la que un sentido, más allá del mundo, se mostraba. Estas disposiciones me situaron, además de en la orilla, en un límite temporal. Dos tiempos, dos disposiciones, dos formas de estar y ver.

En un lado, sobre la piedra, me encuentro pensando en el tiempo, estando en el mundo desde la acción: cosas por hacer y resolver, la atención está puesta en hacer una cosa después de otra, una cosa después de otra, una cosa después de otra. Mi forma de ver desde este lugar me dirige hacia los otros, las y los artistas, soy observadora atenta. De este lado me siento afuera, a veces analizando, acechando, desde las preguntas teóricas que nos hemos propuesto abordar, todo lo que adentro acontece. Me pregunto por las acciones de ellas y ellos, por las motivaciones de sus ejercicios de exploración y creación, por sus intereses y gustos. Otras veces, me encuentro escuchando pasivamente, no me pregunto y más bien me conmuevo. Escucho cuando hablan y cuando nos muestran sus exploraciones creativas, los escucho mientras comen y de lo que hablan en los tiempos libres.



Del otro lado, mojada en el río, parece transcurrir un tiempo más lento, no tengo que hacer ninguna otra cosa más que estar presente, dispuesta, abierta. Me siento adentro, invitada a sumergirme y flotar dentro de mi propio cuerpo. *Me he sentido bien sintiendo mi cuerpo, respirando e intentando imaginarme cómo soy por dentro. Es extraña, sin embargo, la percepción del cuerpo físico, cada parte, órgano o célula, que luego se borra cuando me siento honda y profunda* (agosto, 2022). Mi percepción de este lado parece ir en contravía a aquella con la que leo a los y las artistas; me pone a ver desde adentro. Me veo y veo afuera desde una emotividad particular, sensible, me encuentro mirando con el detalle de una lupa lo que pasa adentro y afuera de mí. Las preguntas que emergen de este mirar contemplativo son solo mías, parecen no conversar con nada, parece que solo responden a mi perspectiva:

Mirando a los ojos sentí que todas las formas, las medidas, el mundo como pensamos que lo conocemos no existe: cabe todo en una pupila; entra todo él, sus formas y colores, en un huequito negro que solo me deja maravillarlo y contemplarlo, pero no entenderlo (octubre, 2022).

Sin embargo, las respuestas que se muestran no la digo yo analizando, no las converso, aparecen más allá de lo que yo pueda pensar. Así, sumergida y sintiente no me reconozco, me descubro y, al tiempo, me recuerdo: *estas prácticas de respiración, de yoga, aunque incómodas, las he vivido antes, desde niña... ¿es incipiente este corazón que late y busca?* (agosto, 2022).

Vuelvo a la orilla de la piedra extrañada de mí misma, de lo que he sentido al adentrarme en las prácticas internas propuestas en los talleres, *¿cómo es la vida?, ¿cómo se vive mejor?, ¿qué es lo que el camino nos muestra? Pienso en mis retos, en la vulnerabilidad, en lo incómodo que puede ser verla y mostrarla, ¿qué se muestra cuando se es vulnerable?, ¿qué veo en mi vulnerabilidad?* (septiembre, 2022). Me siento casi tan extrañada como cuando miro a los artistas buscando respuestas, ¿por qué?

Descubrimos el sentido cuando este se nos hace manifiesto, creía. En el Laboratorio, el sentido emergía cada vez desde más lugares

que, sin embargo, yo no encontraba en el mundo. ¿Cómo se ve lo trascendente y qué significa? Las acciones creativas, los bocetos y las obras de los artistas parecían mostrar a veces pequeños destellos de lo que había venido intuyendo, en el proceso y en este texto, sin poder verbalizar: del mundo brota un sentido que está más allá de él. El paisaje visual y sonoro, las palabras del poema, la intención de una acción son ejemplos de flores y, al tiempo, no son la flor. El mundo, todo, en su manifestación es el susurro permanente, el telón de fondo en el que construimos relaciones de significado.

Corina Estrada Barrios

Estudié filosofía en la Universidad del Rosario y luego hice una maestría en Estudios Culturales en la Universidad de los Andes porque, a mis 27 años, tengo la sensación latente de que he creído siempre en las palabras que me han dado el mundo y el sentido; así como en la escritura que me ha llenado de razones la vida. Por eso, me he concentrado en leer, escribir y comprender que las palabras nunca son solo mías o de alguien, que siempre son porque somos y estamos juntos, en un tiempo y un espacio particulares. Las palabras que, para mí, no se inventan el mundo, sino que lo descubren de muchas formas.

Así mismo, he trabajado en el campo editorial y en publicaciones académicas como compiladora, editora y correctora de estilo. También, he participado en procesos de investigación académica y colectiva, y en docencia universitaria. Igualmente, he hecho gestión cultural desde instituciones públicas y fundaciones.